



URIBE QUINTAS

JUNTA DE EVALUACIÓN

Índice	
Prólogo.....	2
Capítulo 1(Inicio)	5
CAPÍTULO 1	7
Actas y grietas	7
CAPÍTULO 2.....	12
Cinco minutos que no terminan nunca.....	12
CAPÍTULO 3.....	17
Amor total (o la imposibilidad de seguir fingiendo)....	17
Epílogo.....	22

Prólogo

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en Inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo 1(Inicio)

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:

—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.

Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.

CAPÍTULO 1

Actas y grietas

La junta de evaluación siempre comenzaba del mismo modo: con la ficción compartida de que todo podía resolverse mediante números. Decimales alineados, medias aritméticas, porcentajes que parecían decir algo definitivo sobre personas que todavía no sabían quiénes eran. Laura Benítez pensó, mientras colocaba su bolígrafo paralelo al borde de la mesa, que aquello se parecía demasiado a uno de esos cuentos de Kafka en los que la burocracia avanza con una lógica impecable hacia un resultado incomprensible.

Elena Cortés abrió la sesión con una frase neutra, casi ceremonial. Ricardo León repartió las actas como si fueran naipes. Miguel Aranda carraspeó antes de sentarse, gesto que repetía siempre que intuía que iba a discutir más de la cuenta. Marina Soler encendió el portátil y lo apagó de nuevo, como si no terminara de decidir de qué lado del mundo quería estar esa tarde.

Todo parecía normal. Y, sin embargo, algo ya estaba ligeramente torcido.

El primer nombre sobre la mesa fue el de un alumno de 4º J. Un caso fronterizo. Un *no llega pero casi*, categoría que Laura detestaba porque le recordaba a sí misma con diecisiete años, suspendiendo exámenes que entendía perfectamente.

—Tiene un cinco raspado —dijo Ricardo—. Técnicamente, suficiente.

Miguel inclinó la cabeza, como quien observa un objeto desde otro ángulo.

—En Física ha mejorado mucho este trimestre. No memoriza bien, pero comprende. Eso cuenta.

Laura levantó la vista. No lo había mirado antes de hablar, pero lo hizo ahora. Miguel le sostuvo la mirada con una serenidad que a ella siempre le resultaba desconcertante, como si nada pudiera apresurarlo del todo.

—En Matemáticas le pasa lo mismo —añadió Laura—. Se equivoca, sí, pero sabe por qué. Yo no lo bajaría.

Marina intervino entonces, con tono cuidadoso.

—En Tecnología cumple, pero le falta constancia. No sé si estamos siendo demasiado... benevolentes.

La palabra quedó suspendida. *Benevolentes*. Laura sintió una contracción mínima en el estómago, una de esas reacciones físicas que no llegan a ser emoción pero ya no son pensamiento.

Miguel intentó cerrar el asunto con diplomacia.

—Quizá estamos hablando de lo mismo desde lugares distintos.

No era mentira. Pero tampoco era toda la verdad.

La calificación final subió unas décimas. Nadie lo verbalizó, pero Laura supo que había ganado ese pequeño pulso. Y supo también —con una incomodidad nueva— que le había importado más de lo razonable.

A medida que avanzaban los casos, la sensación se repetía: decisiones aparentemente técnicas atravesadas por estados de ánimo, simpatías, cansancios. Javier Montes, que llevaba décadas viendo pasar alumnos y reformas, lo resumió casi en un susurro:

—Al final, evaluamos como estamos, no como son ellos.

Hubo risas breves. Miguel pensó en Kafka, en *El proceso*, en esa idea de ser juzgado sin saber exactamente por qué ni por quién. Se preguntó cuántos alumnos saldrían de allí con esa misma sensación.

El descanso llegó como un alivio inesperado. Cinco minutos. Nadie creyó que fueran a ser cinco.

Salieron al patio trasero del instituto. El aire de la tarde tenía algo de tregua. Fue entonces cuando vieron a la llama.

Estaba junto al huerto escolar, masticando con una concentración que rozaba lo ofensivo. Blanca, grande, absolutamente fuera de lugar.

—¿Eso es real? —preguntó Marina.

—Es del proyecto de granja educativa —explicó Óscar—. Llegó esta semana. Se llama Copérnica.

La llama levantó la cabeza y los miró, como si evaluara también sus méritos. Luego escupió, con una puntería impecable, cerca de la papelería.

Laura soltó una carcajada involuntaria. Miguel la miró, sorprendido de lo mucho que le gustaba verla reír así, sin cálculo.

—Tiene más criterio que nosotros —dijo él, señalando a la llama.

Alguien mencionó una cerveza que había sobrado en el coche. No se abrió todavía. Pero su sola mención introdujo una grieta en la tarde, una posibilidad.

Miguel y Marina se quedaron hablando junto a la valla. Laura fingió revisar el móvil, aunque no esperaba ningún mensaje. Desde donde estaba, veía cómo Marina gesticulaba al hablar, cómo Miguel escuchaba con atención real, no esa atención profesional que se aprende con los años.

La llama se acercó a Laura y volvió a mirarla.

—No empieces —le dijo ella, en voz baja.

La junta se reanudó con una ligera sensación de irrealidad. Las actas seguían allí, obedientes. Pero algo ya se había desplazado.

Al final de la tarde, cuando por fin alguien abrió la primera cerveza, Miguel tarareó casi sin darse cuenta un estribillo antiguo de El Puma, uno de esos que hablaban de amores que llegan tarde. Laura

lo reconoció y sonrió. Marina también. Nadie dijo nada. Pero la música ya estaba dentro.

Y mientras las notas subían y bajaban, casi invisibles, también lo hacían las calificaciones. Un seis en lugar de un cinco. Un aprobado por compasión. Un notable concedido con demasiada facilidad.

No era corrupción.
Era algo más peligroso: humanidad.

La llama, testigo inmóvil, siguió masticando.

CAPÍTULO 2

Cinco minutos que no terminan nunca

Kafka escribió que *“un primer signo de conocimiento es el deseo de morir”*, y Miguel Aranda pensó —sin saber por qué— que tal vez el conocimiento adulto consistía en algo parecido: en advertir, demasiado tarde, que uno ha construido una vida razonable para no enfrentarse a lo que realmente desea.

La cerveza estaba tibia. Eso fue lo primero que notó Laura al dar el primer trago. Tibia y un poco amarga. Pensó que así debían de saber las decisiones importantes cuando por fin se toman: menos épicas de lo esperado, más difíciles de devolver.

—No deberíamos —dijo alguien, sin convicción.

Nadie respondió.

El patio del instituto, a esa hora, parecía un escenario mal iluminado. Las aulas vacías observaban con sus ventanas oscuras. Marina se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en la pared. Miguel se dejó caer a su lado. No fue una decisión. Fue una consecuencia.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo ella—. Que me gusta demasiado esto.

—¿El qué?

—Enseñar. Sentir que importa. Y me da miedo que un día deje de importarme.

Miguel bebió un sorbo largo antes de responder.

—Kafka decía que un libro debía ser como un hacha para el mar helado que llevamos dentro. Yo creo que una clase también puede serlo.

Marina lo miró con una mezcla de admiración y cansancio.

—Hablas así en clase y luego te preguntas por qué te escuchan.

Laura observaba desde unos metros más allá. Reía con Óscar, pero su atención estaba fragmentada. Cada vez que Miguel inclinaba la cabeza hacia Marina, algo en ella se tensaba. No era celos exactamente. Era una especie de desplazamiento: la certeza de estar quedándose fuera de una conversación que importaba.

La llama apareció de nuevo, atraída por el ruido. Se acercó a Marina y olfateó su vaso. Marina se rió.

—Ni se te ocurra —le dijo—. Esto no es para ti.

La llama la miró con dignidad ofendida y escupió, esta vez más cerca.

—Creo que nos está juzgando —dijo Miguel.

—Tiene motivos —respondió Laura, acercándose por fin.

Miguel levantó la vista. Durante un segundo, los tres quedaron en silencio. Fue un silencio distinto, cargado de cosas no dichas. Laura notó el brillo leve en los ojos de Miguel. Marina notó cómo Laura ocupaba el espacio con naturalidad, como si siempre hubiera estado ahí.

La música empezó a sonar más alta. Marina había puesto una lista aleatoria. De pronto, una voz grave, inconfundible, llenó el patio: El Puma.

—¿En serio? —rió Óscar—. ¿Quién ha puesto esto?

Miguel cerró los ojos un instante. Reconoció la canción. Hablaba de un amor que llega cuando ya no se le espera, de una promesa que se cumple fuera de plazo. Laura tarareó sin darse cuenta. Marina también.

La noche avanzaba y, con ella, una ligereza peligrosa. Las conversaciones se repetían. Las risas eran más fáciles. Las distancias, más cortas.

Fue entonces cuando retomaron la junta, de manera intermitente, como si alguien hubiera olvidado apagarla del todo.

Ricardo llamó a Laura aparte para revisar un expediente.

—Este alumno está justo en el límite —dijo—. Tú decides.

Laura miró el nombre. Recordó una conversación con Miguel sobre ese mismo chico. Recordó su forma de explicar, de defender. Pensó

en Kafka otra vez, en *La metamorfosis*, en cómo un día uno despierta convertido en otra cosa sin haberlo decidido.

—Aprueba —dijo—. Pero por poco.

Miguel hizo lo mismo poco después. Marina también. Las notas comenzaron a inclinarse, no por conspiración, sino por contagio. Como si el afecto hubiera rebajado el umbral de exigencia.

La llama observaba.

—Esto es un botellón —dijo Óscar, alzando su vaso—. Ya no hay duda.

Laura bebió otro trago. El Puma seguía sonando. Miguel se levantó y empezó a cantar, exagerando la letra, teatral.

Laura se unió. Marina los grabó un segundo... y luego borró el vídeo.

Miguel, entre risas, se acercó a Laura.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —respondió ella—. Estoy cansada de no saber.

No explicó más. Miguel no preguntó. Marina los vio desde fuera del círculo. Sintió algo parecido a llegar tarde a una estación donde el tren todavía está, pero ya no es el suyo.

La noche estaba en su punto exacto de equilibrio: ni demasiado sobria para detenerse, ni lo bastante desatada para no poder volver atrás.

Kafka escribió que *“la desgracia de Don Quijote no es su fantasía, sino Sancho Panza”*. Marina pensó que, a veces, la desgracia del amor adulto es su lucidez.

La canción terminó. Otra empezó. El Puma seguía insistiendo en que el amor siempre llega, aunque llegue mal.

La llama se sentó. Como si supiera que lo mejor estaba por venir.

CAPÍTULO 3

Amor total (o la imposibilidad de seguir fingiendo)

Kafka escribió que *“a partir de cierto punto no hay retorno. Ese es el punto que hay que alcanzar”*.

Miguel Aranda pensó en esa frase mientras observaba el patio del instituto convertido ya, sin discusión posible, en un botellón impropio, tardío y ligeramente patético. Pensó que quizá ese punto no era una catástrofe, sino una claridad repentina. Un instante en el que uno deja de negociar consigo mismo.

La noche había avanzado sin pedir permiso. Las farolas proyectaban sombras largas y algo teatrales. El edificio, silencioso, parecía observarlos con una mezcla de indulgencia y reproche, como un padre cansado que ya no tiene fuerzas para castigar.

La música seguía sonando. El Puma insistía, una y otra vez, en amores que regresan, en promesas que no caducan, en corazones que se resisten a aceptar la derrota. Laura pensó que aquellas canciones tenían algo profundamente pedagógico: repetían lo mismo hasta que uno, agotado, acababa entendiendo.

Marina estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. La llama —Copérnica— se había colocado a su lado, rumiando con una solemnidad casi religiosa. Marina le pasó la mano por el cuello, distraída.

—No te rías —le dijo—. Tú tampoco tienes claro qué haces aquí.

La llama la miró con un ojo oscuro y tranquilo. No escupió. Era su forma de mostrar respeto.

Miguel observaba la escena desde unos metros más allá. Laura estaba de pie, hablando con Ricardo, pero su atención se desviaba constantemente hacia él. Ya no había disimulo posible. El cansancio había eliminado las capas de prudencia.

Cuando Miguel se acercó a Marina, ella lo miró como si ya supiera lo que iba a decir.

—No hace falta —dijo ella—. No me expliques nada.

—No iba a hacerlo —respondió él—. Solo... quería estar aquí.

Laura se unió a ellos. El triángulo, que hasta entonces había sido una figura implícita, se volvió visible. Nadie retrocedió. Nadie avanzó. Fue un equilibrio extraño, casi elegante.

—Esto es ridículo —dijo Laura, de pronto—. Somos adultos. Profesores. Estamos evaluando el futuro de unos chavales... y cantando a gritos canciones que ni siquiera nos gustan tanto.

Miguel sonrió.

—A mí sí me gustan.

Marina rió. Una risa breve, sin defensa.

—Kafka diría que estamos atrapados en un proceso del que no entendemos las reglas.

—Kafka no sabía lo que era un botellón —respondió Óscar desde el fondo—. Si lo hubiera sabido, habría escrito menos.

Rieron todos. Incluso Elena, que hasta entonces había permanecido en una especie de vigilia silenciosa.

Fue entonces cuando la música se detuvo un segundo. Un fallo del móvil. Un vacío breve.

Y después, por error, sonó la canción de los Pitufos.

El silencio fue inmediato. Luego la incredulidad. Después, la risa.

—No —dijo alguien.
—Sí —dijo Óscar, alzando el vaso—. Absolutamente sí.

Miguel empezó a cantarla con voz impostada, exagerando cada sílaba. Laura lo miró un segundo antes de unirse. Marina dudó... y luego cantó también.

No había ironía.

No había distancia.

Solo cuerpos cansados aceptando el ridículo como última forma de verdad.

La llama emitió un sonido extraño, grave, acompasado. Nadie supo si estaba protestando o marcando el ritmo. Parecía, de algún modo, parte del coro.

En ese momento —el verdadero apogeo— ocurrió algo imperceptible pero decisivo:

Laura tomó la mano de Miguel.
Marina apoyó la cabeza en su hombro.

No fue una elección excluyente.
Fue amor total.

No el amor romántico que promete exclusividad, sino el amor adulto que reconoce la complejidad sin huir de ella. El amor que acepta que querer no siempre ordena, pero sí revela.

Miguel sintió una calma extraña. No tenía que decidir nada esa noche. Bastaba con no mentir.

La canción terminó entre aplausos desordenados. Y entonces, como si la realidad hubiera esperado pacientemente su turno, apareció el vecino asomado a la valla.

—Oigan...

Silencio.

La llama escupió.

Elena dio un paso al frente.

—Perdón. Ya recogemos.

Recogieron. Con torpeza. Con risas bajas. Con una vergüenza leve que no anulaba lo vivido.

Antes de volver a la sala de profesores, Miguel se quedó un segundo atrás con Laura y Marina.

—Mañana —dijo Laura— todo esto va a pesar.

—Sí —respondió Marina—. Pero hoy no.

Miguel asintió.

—Kafka también decía que la verdad es indivisible. No se puede mentir a medias.

Entraron.

La junta se reanudó por última vez. Las calificaciones finales se cerraron con una suavidad nueva. No fueron injustas. Pero sí más humanas. Algún aprobado generoso. Algún suspenso menos cruel. No por amor romántico, sino por una comprensión más amplia de lo que significa fallar.

Cuando terminaron, ya de noche cerrada, el instituto parecía distinto. No mejor. No peor. Simplemente más real.

Copérnica, la llama, se quedó fuera, masticando con calma. Había visto suficiente por esa jornada.

Y mientras Dani y Lucía caminaban de vuelta a casa —como ya sabes— comprendieron algo sin palabras:
que crecer no consiste en tener razón,
sino en aprender a cantar canciones absurdas
cuando la vida deja de darte la letra.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más

tarde, una pausa larga, una disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.
Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.

Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: *“No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.”*

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una amistad más profunda...
o el comienzo lento de una distancia inevitable.

